

de un hombre tan pobre. Retiróse Juán, y examinando su madre más atentamente el libro, se dijo á sí misma. « En verdad que este libro se parece mucho al que dimos á nuestro hijo Juán. Esta idea le despertó el recuerdo de su hijo, á quién creía perdido, y al regresar por la tarde su marido al palacio, le enseñó el libro, y le manifestó sus sospechas. Conoció este señor que aquel era efectivamente el libro que habían dado á su hijo ántes que desapareciese, y se trasladaron en seguida á la habitación de Juán, para que les dijese el tiempo en que lo había adquirido, esperando de este modo tener alguna noticia de su hijo.

Le hicieron muchas preguntas, rogándole que nada les ocultase, y entónces el Santo, que sentía hallarse próximo á su muerte les dijo, que ellos mismos eran los que se lo habían dado. Al oír estas palubras, se fijaron más atentamente en él, y le reconocieron á través de la mudanza que en su semblante había producido la penitencia. El gozo de verle y la pena de perderle trabaron una especie de combate en sus corazones, y se entregaron á los trasportes del más acerbo dolor.

Juán, por su parte, esperaba con confianza el último momento de su vida, y al fin, espiró dulcemente tres ó cuatro horas despues de haberse dado á conocer. Su madre, olvidando en su dolor la promesa que había hecho de enterrarle con sus pobres vestidos, le puso una rica vestidura, pero al punto quedó paralítica. Su marido le hizo observar, que esta nueva desgracia tal vez reconocería por causa el no haber ejecutado la voluntad de su hijo, y no quedó curada hasta que el cadáver fué nuevamente cubierto con sus andrajos.

Muy pronto se supo en toda la ciudad lo que pasaba: las gentes corrián en tropel, unos felicitando á sus padres por la santidad de su hijo, y otros llorando con ellos su pérdida. Le enterraron, por último, en la forma que ha-

bía manifestado, y sobre su tumba edificaron una iglesia, para dar gracias al Señor. El ejemplo de la penitencia de su hijo reanimó en sus corazones los sentimientos de la piedad cristiana, y emplearon una parte muy considerable de sus bienes en enriquecer esta iglesia y en socorrer á los pobres.

Se cree que este Santo murió hacia el año 464.

---

#### SAN MARCELO, PROPAGADOR DEL ORDEN DE LOS ASCOMETAS.

Surio nos ha trasmitido la vida de san Marcelo escrita por Metafraste, lo cual no previene mucho en su favor, pero los más severos críticos han debido encontrarla verídica, pues se halla conforme con los historiadores de su tiempo, está escrita en un tono grave y edificante, y Metafraste debió haberla tomado de algún original antiguo, hecho por persona muy erudita. Así lo cree Tillemont. Baillet habla muy favorablemente de ella, y sin citar á Baronio, á Godeau y á otros muchos, Bulteau y Fleury han tomado de ella lo que han escrito acerca de este Santo.

La ciudad de Apamea en Siria fué la patria de san Marcelo. Sus padres éran muy considerados por su nobleza y opulencia. Los perdió hallándose aún en la flor de su edad y aún cuando por esta circunstancia quedó exento de la patria potestad, no abusó de su libertad ni de sus bienes, sino que miró con horror los placeres sensuales, y se retiró á Antioquía para entregarse á los estudios que pudieran llevarle á la práctica de la virtud cristiana. Era el único designio que se proponía, y para conseguirlo, buscó un

guia seguro que dirigiese sus acciones, como había buscado un maestro que le enseñase las ciencias.

No encontrándose satisfecho en Antioquía, se persuadió que conseguiría más fácilmente sus deseos en Éfeso, y con este designio, despreciando las magnificencias de Antioquía, como lo había hecho con las dulzuras de la patria, distribuyó entre los pobres su cuantioso patrimonio, y se dirigió á Efeso, hospedándose en la casa de un buen hombre, cuya piedad, así como la de su muger, se acomodaba mucho á la suya. Había también entre ellos un esclavo llamado Promoto, cuya virtud era venerada por toda la ciudad, y se refería de él, que con frecuencia pasaba las noches enteras en las iglesias de los monasterios, entrando en ellas cuando estaban cerradas sus puertas. Esto era conocido de todo el mundo, y es lo que había inspirado á sus amos los sentimientos de extraordinaria piedad de que hacían profesión, y no sirvió ménos á formar la de nuestro Santo con sus saludables consejos y ejemplos.

Entre otras cualidades tenía Marcelo la de escribir muy bien, y la empleó en copiar libros, que vendía, y con cuya producto atendía á sus necesidades y á las de los pobres. No pasaba, sin embargo, todo el tiempo en esta ocupación, sino que gran parte de él lo consagraba á la oración, que constituía su principal ejercicio.

La reputación de Alejandro, fundador del orden de los ascetas, le atrajo á Constantinopla, en donde fué recibido con muchas consideraciones á causa de una recomendación de uno de sus religiosos llamado Jacobo, que le había tratado familiarmente en el mundo. Su conducta atrajo sobre él las miradas de todos los religiosos, y esto le hizo temer que, á la muerte de Alejandro, le eligiesen superior del monasterio. Con él y con sus hermanos había compartido las persecuciones que tuvieron que sufrir, y con ellos se había retirado á Gomón, como hemos dicho en la vida

de san Alejandro. Pero viendo á éste próximo á su fin, comprendió que se le quería hacer abad : salió para evitarlo, secretamente de su monasterio, y fué á visitar otros, edificándose con las virtudes de los Santos que en ellos encontraba.

Su ausencia obligó á los religiosos á poner los ojos en otro, tan luego como hubo espirado Alejandro, y lo hicieron en un anciano llamado Juán, no ménos estimable por su prudencia que por su edad. Cuando Marcelo supo esta elección, vino á congratularse de ella con sus hermanos ; pero el nuevo abad no le dejó gozar más que en parte, de las ventajas que había creído proporcionarse con su retirada, pues reservándose sólo su cualidad de abad, compartió con él sus funciones y trabajos. Procedían con maravilloso acuerdo, y brillando igualmente sus virtudes, fueron elevados en un mismo dia el uno al sacerdocio, y Marcelo al diaconado.

Habían ya dejado á Gomón y retirádose á otro paraje cerca de Sosthenium á petición de Filoteo, que les había cedido el terreno, y este lugar fué llamado Ireneo, por hallarse lejos del tumulto del siglo. Éste fué propiamente el gran monasterio de los ascetas : los demás que se edificaron en otros lugares bajo la misma regla, llevaron los nombres de sus fundadores, como veremos al hablar del de Estudo.

Había á poca distancia del Ireneo otro monasterio gobernado por un santo abad llamado Macedonio, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Le era muy conocida la virtud de san Marcelo, y venía á verle con mucha frecuencia. Dios le reveló un dia lo que este Santo debía hacer por el sostenimiento de la Iglesia, por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Marcelo, á quien participó esta revelación, no concibió estima alguna de sí mismo ; antes por el contrario, se miró como un objeto vil

y miserable y como el último de sus hermanos. Así se vió en una ocasión en que su abad quiso poner á prueba su virtud, para confundir á algunos murmuradores, para quienes era objeto de envidia. Hallábase el Santo en compañía de Macedonio, hablando de cosas divinas, y durante este tiempo los religiosos estaban al lado de Juan. Había entre estos algunos que carecían de la debida perfección, y como de ordinario sucede, eran estos los que encontraban en otros los defectos que ellos mismos tenían. Recayó la conversación sobre la virtud de Marcelo, y creyeron poder deprimirle con más libertad, por hallarse ausente. Atreviéronse á indicar que no estaba exento de ambición y vanagloria, y que si se había ocultado á la muerte de Alejandro para huir de la superioridad, debiera más bién atribuirse al temor de que no se le eligiese, y para evitar el desaire que pudiera recibir de sus hermanos.

Era éste verdaderamente un juicio temerario y una imputación odiosa. Quiso Juan curar á estos espíritus mal intencionados, haciendo que la humildad de Marcelo brillase á sus propios ojos. « La humildad, les dijo, hermanos míos, es la piedra de toque, por la cual debemos juzgar de la verdadera virtud. » Habiendo regresado Marcelo á su monasterio, le llamó su abad á presencia de todos los religiosos, y para humillarle más, le encargó el cuidado de los asnos del monasterio. Este era el empleo más bajo de la casa, y Marcelo lo desempeñó con grande gozo, y rogó al abad que lo confirmase en él durante el resto de su vida, solicitando que se lo pusiese por escrito. El abad, que sólo pretendía curar el espíritu de estos religiosos imperfectos, no quiso acceder á su súplica; sino que se contentó con que lo desempeñase algún tiempo, y Marcelo, exacto siempre en la obediencia, lo cumplió con tanta humildad, que quedaron confundidos los murmuradores,

y ellos mismos fueron los que pidieron al superior que lo elevase á los primeros empleos.

El abad Juan murió poco tiempo despues, y Marcelo fué elegido en su lugar, lo cual no hizo más que aumentar su solicitud por el bién de los demás. Su reputación estaba tan bién asentada, que, apénas fué elegido, vino al monasterio un grán número de discípulos, siendo preciso aumentar el número de celdas. Pero carecía de recursos para ello, y la Providencia que velaba sobre él y sobre los suyos, se los proporcionó en abundancia. Un hombre muy rico, llamado Faretro, vino juntamente con sus hijos, que eran muy jóvenes, á ponerse bajo su dirección, y á entregarle todos sus bienes. Les vistió el hábito religioso, y empleó sus riquezas en edificar una preciosa iglesia, en agrandar el monasterio, en construir un departamento para los enfermos y extranjeros, y todo lo necesario para el buén régimen de la comunidad.

Por grande que fuese la extensión que diera á este edificio, no bastaba á contener el gran número de postulantes que se le presentaron. Se vió, pues, obligado á formar distintas colonias, y su comunidad llegó á ser un seminario de excelentes religiosos, que los que edificaban iglesias y monasterios le pedían para establecer su regla, y sobre todo la salmodia continua. Por esta causa, compara su historiador este monasterio al paraiso terrestre, del cual salían cuatro grandes rios, y dice que los discípulos que había formado se esparcían por todas partes, siendo de esta manera el padre común de las iglesias y casas religiosas.

La ternura paternal, que para ellos tenía, les hacía sentir un gran dolor al separarse de él, cuando tenían que ir á otros monasterios; pero este dolor estaba templado por el santo gozo de ir á trabajar por el bién de las almas. No los enviaba, sino cuando estaban bién formados en la virtud y

suficientemente instruidos para dirigir á los demás, y al partir, no dejaba de recordarles sus buenos consejos y recomendarles que se condujesen con los que habían de dirigir de tal manera, que pudiesen perpetuar su santo instituto y las virtudes que en él se practicaban.

Tales eran los efectos de su celo por la gloria de Dios y por el bién espiritual de las almas. Pero este celo se extendía también á las necesidades temporales del prójimo, y no puede admirarse suficientemente, dice su historiador, cuán grande y pródiga era esta caridad. Así es que no estimaba los bienes temporales, sino en cuanto podía emplearlos en bién de los necesitados, como se vió en el empleo de la cuantiosa herencia, que recibió por muerte de uno de sus hermanos. Algunos religiosos le manifestaron la necesidad de que comprase un campo para el uso de la comunidad; pero les respondió que no conocía un campo tan ventajoso y fértil, como la esperanza en Jesucristo; así es que distribuyó esta herencia á otras casas religiosas de uno y otro sexo, que sabía estar necesitadas.

Dios manifestó con muchos milagros cuán agradable le era esta caridad tan pura y desinteresada. Puede citarse en particutar el que hizo con tres obispos, que fueron aprisionados por los bárbaros y que, habiéndose librado de sus cadenas, vinieron á pedirle socorro para regresar á sus diócesis. Les tuvo algún tiempo a su lado, y cuando resolvieron partir, ordenó al ecónomo que les diese abundantes provisiones para el viaje. Julián, que era el nombre de este ecónomo, no les dió más que una estatera, que podía valer unos cinco ó seis reales de nuestra moneda. Conoció el Santo que no había ejecutado sus órdenes, y quiso que les diese todo cuanto hubiera. Julian no tenía más que diez monedas, y les dió nueve, reservándose una para socorrer á los pobres que llegasen. En este tiempo se sintió un hombre movido á llevar al Santo noventa piezas

de oro, y éste, llamando al ecónomo le dijo: « Habriais recibido cién piezas de oro, si hubieseis dado á los obispos lo que os ordené: hé aquí que, en castigo de vuestra desobediencia, Dios os ha quitado diez piezas, para enseñaros á confiar mejor en él, y no tener tanta solicitud por las cosas terrenas. »

Refiere su historiador muy extensamente muchos milagros que hizo en favor de los enfermos. Curó en un instante á un religioso llamado Elpidio, sólamente con tocar su boca, de una úlcera horrible y de un tumor que tenía debajo de la lengua, y que le impedía hablar. Otro tanto hizo en favor de otro religioso, llamado Estéban, y que se hallaba aflijido por otra enfermedad no ménos peligrosa. Julián, su ecónomo, y de quién ya hemos hablado, experimentó también los efectos del don con que Dios había distinguido al Santo, en una enfermedad, para cuya curación había empleado inútilmente los auxilios de la medicina. Otro de sus religiosos llamado Ciro, cuyo cuerpo estaba cubierto de úlceras cual el de otro Job, fué también curado por sus oraciones, así como el religioso Eudoxio, que se hallaba impedido de todos sus miembros. La mujer de un tal Eugenio se ponía en todos sus partos en peligro de muerte, y fué librada de él con sólo ponerse sobre el estómago un pan bendito por el Santo. Arrojó al demonio de los cuerpos de muchos. Conoció por una luz celestial que uno de sus discípulos, llamado Pablo, que se hallaba enfermo en Ancira, imploraba el auxilio de sus oraciones, y obtuvo del Señor su curación. Hallándose algunos de sus religiosos embarcados en el Ponto-Euxino, se dirigió el buque á una playa que no era segura, y apareciendo el Santo en sueños á uno de ellos, le indicó el puerto á que debían encaminarse. Despertó este religioso, y se lo participó á los marineros, los cuales partieron al punto, y cuando llegaron al puerto indicado, se levantó una tem-